



CAPÍTULO XX

DONDE NUESTRO CABALLERO SE MUESTRA MUY JUICIOSO, HASTA CUANDO LA AVENTURA EN QUE GANA EL CUERNO ENCANTADO DE ASTOLFO LE HACE MOSTRARSE MÁS LOCO QUE NUNCA.

«Libertad é soltura non es por oro comprado,»

dijo D. Quijote; y dando de espuelas á su caballo, salió del camino por ser de la caballería no seguirlo siempre, sino al contrario, ir por lugares sin senda, por despoblados, montes y valles oscuros, donde suelen toparse doncellas andantes, jayanes, enanos, moros encantados y malandrines á quienes despanzurrar en un santiamén. «Esto de salir uno cuando le viene en voluntad, amigo Sancho; entrar cuando está cansado, ponerse de nuevo en movimiento, ir y venir sin dar cuenta de sus acciones á nadie, es gran cosa para el hombre que gusta de gobernarse á sí mismo. Pregúntame cuál es el mayor de los males, y me oirás responderte: el cautiverio. ¿Cuál el más infeliz de los nacidos? El esclavo, el preso. La flor del viento, la luz matinal tomada en la campiña, son manjares que el alma saborea con ahinco; y hasta la verdura de los prados, la obscuridad de los montes lejanos contienen un delicioso alimento para el espíritu y el corazón del hombre que puede gozarlos segura y libremente. Estos bienes son de aquellos cuyo precio no conocemos sino cuando por desgracia los venimos á perder: si te supones metido en un calabozo, privado del sol y el aire, verás que el ir

por estos campos, libre y sin cautela, caballero en tu jumento, es para ti la tierra prometida. — Vuesa merced, respondió Sancho, no es tan libre como todo eso, ya que no puede usar del camino real ni dormir en poblado. — Las leyes de mi profesión, replicó el caballero, no me prohíben los caminos, ni se las traspasa con dormir en poblado alguna vez. Puedo seguir el camino, pero conviene más á las armas ir fuera de él; puedo dormir bajo tejado, mas el cielo raso con su alta y anchurosa bóveda es el abrigo natural de los aventureros. Ahora dime, Sancho, ¿cómo vamos de municiones de boca? O yo sé poco, ó son más de las doce del día, según las advertencias del estómago. — Yo le hice ya un presente al mío, respondió Sancho, en tanto que vuesa merced hablaba con Su Ilustrísima. Las alforjas no están muy desmedradas; y á fe de escudero que yo las rellene en la primera coyuntura, porque soy ó no soy mozo de buen recado. — En esto de la bucólica, dijo D. Quijote, tú llevas la batuta. Cambises te hubiera hecho proveedor de sus ejércitos, como á uno que de la arena saca pan. Eres más listo que Cardona, Sancho; en tratándose de comer, tú no te andas en repulgos, y todos tus males se remedian con un cuarto de gallina. ¡Dichoso aquel cuyos sinsabores se endulzan con una empanada, cuyas lágrimas se enjugan con una bota de vino!»

Apeáronse en esta sazón, y sentados debajo de unos árboles, amo y mozo comieron lo que Dios quiso, dándole gracias por su misericordia. «Ten hambre, Sancho, dijo D. Quijote, y no codicies la mesa del rico, pues tan bien te sabrá la carne sin condimento como un faisán lampreado. — No sé á lo que sabe el faisán, respondió Sancho: déme vuesa merced una uña de vaca ó una costilla de carnero bien tostada, ítem pan frito y cebollas en caldo picante, y le hago donación entre vivos de cuanto faisán y gallipavo crían las Indias. — Con eso pruebas tu humildad, repuso D. Quijote. Has de saber que entre la modestia y el orgullo, entre la sabiduría y la ignorancia hay más relaciones que nadie se imagina. El filósofo se contenta con lo que da de sí la naturaleza, y no anda importunando á la fortuna sobre que no

le hace nadar en lo superfluo; exactamente como el campesino que se mira satisfecho con algunas pobres raíces y los granos que produce su diminuta heredad. — Y los santos, dijo Sancho, que lo pasan en ayunas, y si comen es un par de habas crudas ó algunas hojas sin substancia. — Así va el mundo, respondió D. Quijote: á la virtud acendrada casi siempre le cabe en suerte la miseria: los buenos lo suelen pasar mal. Pero el hombre superior se levanta en cierto modo sobre las exigencias de la materia y se ríe de la gula; lo cual no es pasarlo mal, si la temperancia es obra de virtud y no de necesidad. Si todos los que padecen escasez fueran superiores á los que rebosan en comodidades, la gran mayoría del género humano vendría á merecer la corona de Sócrates. Filósofos hay que lo son mientras no pueden otra cosa; pero si de repente les sonríe la fortuna, ya no piensan sino en holgarse. Come, Sancho, come lo que te ofrece Dios hoy día, que ya llegará tiempo en que presidas tus banquetes, si no de rey, por lo menos de grande de primera clase. — ¿Entonces no será preciso ser humilde, Sr. D. Quijote, y me mantendré como un marqués? — El decoro, respondió D. Quijote, exige que cada cual acorte ó alargue sus gastos según su calidad y puesto. La templanza es virtud muy avenida con las riquezas: te es dado practicarla, sin que por esto se eche de ver mezquindad en tu servicio. Haz cuenta con la hacienda: si posees bienes de fortuna, un cierto rumbo gobernado por el buen juicio no te sentará mal; si eres corto de medios, ríndase tu orgullo á la humildad de tus haberes. Uno como resplandor ilumina también la pobreza, y es la decencia, el aseo, esa atildadura que tanto se hermana con la escasez como con la abundancia. El agua nada cuesta: mírate la cara en tus vasos, que este es el lujo del pobre. Si no te es dado sentarte á mesa cubierta con primoroso alemanisco que pregona el fausto de tu casa, procura que el barato lienzo esté resplandeciendo de limpio, sin mancha ni arruga; y si no tienes para darlo á lavar y aplanchar, lávalo y aplánchalo con tus manos. Hubo un antiguo que, por no valerse de nadie para nada, aprendió cuantos oficios se rela-

cionaban con sus necesidades, y más aún por hacerlo todo con limpieza y esmero. Cocinaba sus alimentos, cosía sus vestidos, lavaba su ropa, siendo nada menos que miembro de una famosa escuela de filosofía: cocina, cose y lava, Sancho, primero que verte descuidado en tu persona y tus cosas. Llegando yo un día á casa de un amigo pobre, sucedió que no hubiese mantel en ella: ¿sabes cómo acudió la señora á reparar esa falta? Cubrió la mesa con hojas de verde, fresco plátano, y comimos cual pudieran las ninfas en sus grutas. Esta es la sabiduría de la pobreza. Personas aprensivas hay á quienes todo parece mal, y tan delicadas, que si las sábanas tienen costura, ya no duermen. — A mala cama, colchón de vino, dijo Sancho: si la mía tiene costuras, ¿qué habrá sino que yo me eche al colete una buena porción de Rivadavia, y me deje caer á un lado ó á otro? — Ves aquí que te emborrachas como príncipe, respondió D. Quijote: sobre el Rivadavia empina el Alaejos, y duerme á tu sabor, Panza dichoso. No digo, prosiguió el caballero tomando el hilo de su discurso, que un grande para ser modesto haya de mantenerse como ruin: todas las cosas tienen modo: la sabiduría está en no salir de los términos de la moderación. ¿Qué dices de ese antiguo para cuya mesa se derribaban doce jabalíes diarios? — Digo que ese tal hacía bien, respondió Sancho, y que tenía buen gusto. Yo derribara veinticuatro si fuera antiguo. — Y no es todo, prosiguió D. Quijote: si cuando estaba puesta la mesa no sentía hambre el personaje, se derribaban otros doce y se preparaba otra comida para más tarde. — En eso no convengo, dijo Sancho: cuando está la comida, yo siempre tengo hambre, y antes muchas veces. Para mí serían un desperdicio los segundos doce jabalíes, si yo no los guardase para la cena. — Tú eres, sin duda, más hacendoso, replicó D. Quijote; y aun los guardaras para otro día. Pero te sé decir que el guardar las sobras para mañana es de cutres y canallas: ¿faltan criados, conocidos en tu casa?, ¿no tienes pobres á la puerta? Si eres noble, haz por que tu modo de proceder no empañe el lustre de tu alcuña: la liberalidad, en el pobre, es carta ejecutoria; en el rico viene á ser

decoro, pundonor. Mira si tú debes guardar para mañana los doce jabalíes que te sobran. — Afuera, caballeros que no respetan fueros, dijo Sancho: póngame vuesa merced en la cumbre que me anda señalando, y vea si soy la honra de mi casa. — Pláceme esta manifestación de los sentimientos de tu ánimo, repuso D. Quijote. Ahora ve esotro que no quiere vivir sino de sesos de avestruz; y como esta ave los tiene más escasos que animal en el mundo, preciso es se mate un gran número de ellas para cada plato. — Pues yo le había de quitar esa maña, volvió Sancho á decir, con hartarle de avestruces un día, de modo que las asquee hasta el fin del mundo; y si no engulle cuanto le doy, menudito con él. — Imposible, replicó D. Quijote; ese era un poderoso monarca, y cruel y sanguinario. — Pues haga lo que quiera, tornó á decir el bueno de Sancho: yo no me expongo porque él devore más ó menos sesos. Tenga yo los míos en su lugar, y mátense cuantos jabalíes y avestruces hay en la Mancha. — ¡En la Mancha no hay más avestruz ni jabalí que tú, pazguato!, gritó enojándose D. Quijote. Alza estos manteles, y ponte á caballo. Según trasluzco, aventura tenemos.»

Y era que había oído el son de un cuerno con que un pastor estaba llamando á sus puercos, y al punto le pasó por la cabeza que instrumento como ése no podía sino ser el cuerno de Astolfo. Habiéndole vencido él en singular batalla, cuando se le presentó con nombre de *el caballero del Bosque*, al vencedor le tocaba ese preciado despojo. Puesto á caballo, prestó el oído, y arrimando las piernas á Rocinante, se disparó por la campiña. El pobre ganadero se estaba por ahí embelesado en sus animalias, cuando vió asomarse aquel demonio que, tendida la lanza, le venía embistiendo desde lejos. Quisiera mirar por sí, mas ya era tarde, pues el diablo de Rocinante traía un galope tan estimado, que corría verdaderamente ó poco menos. Si el porquerizo se encomienda á los pies, allí lo alcanzaba D. Quijote: se quedó parado, acudió á la humildad, y tirándose de rodillas ofreció estar á lo que el caballero tuviese á bien mandarle. «Venid acá, dijo D. Quijote, ¿cómo sucede que poseáis este cuerno y á qué

título lo guardáis, sin inquirir por su legítimo dueño? Si no sois el ladrón Brunelo, sois el diablo, y en uno y otro caso, mi obligación sería pasaros con esta lanza, si no os mostraseis tan sumiso.» Y arrancando de la mano el cuerno al angustiado pastor, lo embocó al punto y dió en él un sonido ronco é intercadente que le dejó de todo en todo satisfecho. Sin decir ni hacer otra cosa, se volvió al encuentro de Sancho, quien con harta moderación y cautela no le había seguido sino á cierta distancia.



CAPITULO XXI

QUE TRATA DE LO QUE NO SABRÁ EL LECTOR ANTES DE QUE HUBIESE LEÍDO ESTE CAPÍTULO

«No habré yo menester otra cosa, dijo D. Quijote cuando se vió junto á su escudero, y estaré del todo satisfecho si llego á poseer, según es mi intención, la espada Durindana, con la cual divido en cuatro de un solo golpe al más duro jayán ó al más valiente caballero. — En cuatro podrá vuesa merced partir de tres golpes, respondió Sancho, con esa ó con otra espada; mas no convengo en que un hombre caiga hecho añicos de un solo revés, ó sea un tajo. — De uno solo, replicó D. Quijote. — De uno solo se le echa á tierra en dos mitades, tornó á decir Sancho, y eso cualquiera lo hace; pero en cuatro.... — ¡En cuatro le parto, cautivo!, gritó D. Quijote picado de la contradicción. — De Dios le venga el remedio al que vuesa merced embista, señor; pero salvo el parecer de vuesa merced, se contentará con caer en dos pedazos. — ¡En ocho le parto, traidor! — Pero será de cuatro ó seis espadadas señor. — ¡De una sola, pícaro contumaz! — A menos que no sean cañutillos de vidrio, dijo el escudero, no alcanzo cómo nadie pueda echar por tierra en veinticinco fragmentos dos ó tres gigantes, por quebradizos que sean. — Cañutillo de vidrio fué Alifanfarón de Trapobana, respondió don Quijote; cañutillo de vidrio fué Pandofilando el de la fosca vista; cañutillos de vidrio fueron todos aquellos que, viéndolo

tú, han caído partidos, no digo en cuatro, sino en ciento, y á quienes he mandado presentarse á mi señora Dulcinea del Toboso. — Cañutillos de vidrio fueron los batanes, se puso á repetir Sancho; cañutillos de vidrio los yangüeses; cañutillos de vidrio...., seguía ensartando el maligno Sancho con una entonación que le sonaba muy mal á D. Quijote. ¿De qué metal era esa espada que partía en cuatro de un solo golpe, señor?, preguntó por desviarle de la cólera. — La virtud está no solamente en la espada, respondió D. Quijote, sino también en el brazo que la menea. Si por la espada, ahí tienes la de Brabonel, señor de Rocaferro; ahí la de D. Duardos, padre de Palmerín de Inglaterra; ahí la de Celidón de Iberia; ahí la de D. Belianís de Grecia; ahí la famosa Balisarda de Reinaldos de Montalbán. Todas estas eran espadas encantadas que, al primer golpe, hacían del enemigo diez pedazos. Si por el brazo que la mueve, mira allí al caballero del Cisne, á D. Amadís de Gaula, á Félix Marte de Hircania. Y Rugero ¿no hacía migas yelmos y corazas, hombres y caballos á cada golpe de los suyos? El Cid Rui Díaz, en la batalla de Alcocer, le dió tal espadada al moro que había herido al caballo de Alvar Fáñez, que cabeza, brazos y pecho vinieron á tierra, y quedaron jineteando las piernas, de la cintura para abajo.

«Viólo mío Cid Rui Díaz el castellano;
Acostos' a' un alguacil que tenía buen caballo:
Diol' tal espadada con el so diestro brazo,
Cortol' por la cintura, el medio echó en el campo.»

»¿Pues qué hizo el caballero del Febo con el moro que guardaba el castillo donde estaba encantado su padre, sino partirle de un fendiente en dos mitades, y echar la una al un lado, la otra al otro?»

Viendo que la abundancia de D. Quijote en esta materia no estaba cerca de agotarse, Sancho Panza quiso doblar esa hoja y preguntó: «¿Y esa que acaba de ganar vuesa merced al porquerizo, qué arma es, señor, y qué se propone hacer de se-

mejante pieza? — Esta es una pieza curiosísima, amigo Sancho: con ella te metes de hoz y de coz en medio del más numeroso ejército, y si el brazo te falta, das con este cuerno un estallido que espanta y pone en fuga á tus contrarios, quienes, traspasados de terror, se despeñan por derrumbaderos y precipicios. Este es el cuerno con que Astolfo libró de las mujeres homicidas á Marfisa, Aquilante y Sansoneto, cuando la sanguinaria Orontea había resuelto la perdición de esos andantes. Ahora mismo puede llegar la ocasión de utilizar este buen cuerno, si es que me falta la espada en la aventura que se nos viene á las manos. ¿Ves esa fortaleza de acero que se levanta sobre esa colina? Dígote, Sancho, que es un palacio donde alguna mágica poderosa tiene encantados á algunos caballeros muy principales; ó quién sabe si no es más bien morada de esas gigantas maliciosas que tienen por costumbre encerrar en una torre para muchos años á los caballeros que se rehusan á quererlas, y los mantienen con pan y agua hasta cuando blandean y se entregan. Si después de haberlas vencido les otorgo la vida, allí mismo las pondré yo, y las haré encanecer en sus propios calabozos. — ¿Y eso será con el mismo fin con que ellas secuestran á los señores?, preguntó Sancho. — Yo no he menester esos artificios, respondió D. Quijote; tú sabes si hay quien me quiera sin nada de eso. Por de pronto, veo allí á Gromadaza, esa giganta impía que está injuriando al cielo con los ojos llenos de cólera y venganza. El satisfacerla no mitiga su sed de sangre: cada veinticuatro horas hace sacar de sus mazmorras al rey Arbán de Norgales y al Sr. Angriote de Estrabaús, y en el patio de su castillo les da de azotes de modo que los deja por muertos. Yo haría con ella otro tanto, si al fin y al cabo no perteneciese al sexo femenino. Aprende, Sancho, á respetar á las mujeres, si son buenas; á perdonarlas, si son malas simplemente; pero también á castigarlas y refrenarlas, si son perversas y criminales. — Y á quererlas si son bonitas, dijo Sancho. — Eso corre de tu cuenta, respondió D. Quijote, y se aperció para la batalla que iba á tener con la giganta de la fortaleza, para poner en libertad á

los caballeros que allí estaban encantados. — ¡Qué giganta ni qué caballeros, Sr. D. Quijote! yo no veo sobre esa loma sino una parva y algunos caballos uncidos que van á trillar. — Si supieras, dijo D. Quijote, que la fada Morgaina tuvo encantado por doscientos años á Oger Danés, no anduvieras poniéndome dificultades. Y Urganda la Desconocida ¿no hizo lo propio con Esplandián, Florestán, Agrages y otros príncipes y señores, poniéndolos en la Ínsula Firme, sin que se le escapasen el maestro Elisabat, el enano Ardán ni el escudero Gandalín? — Si las encantadoras encantan escuderos, dijo Sancho, ¿pueden las enemigas de vuesa merced encantarme á mí? — ¡Y cómo si no lo pueden!, respondió D. Quijote. Pero no te dé cuidado, porque yo te he de desencantar y te he de sacar de nuevo á la luz del día, sin que te haya sobrevenido una arruga más de las que tuviste cuando te encantaron; aunque no podré oponerme á que te crezcan el pelo y las uñas. — No se exponga vuesa merced, replicó Sancho, por impedir que me crezcan el pelo y las uñas; pero no consienta por ninguna calidad en que me conviertan en cuervo, como al rey Artús, porque puede tocarme una saeta, ó por lo menos una posta. Mas dígame vuesa merced, ¿piensa de veras que son príncipes encantados esos caballos que estamos viendo en esa loma? — La hechicera Malfado, respondió D. Quijote, convertía en perros, puercos, asnos y otros animales á las personas que venían á pasar por las inmediaciones de su castillo. Por donde puedes ver si será imposible que otra de su propio linaje convierta en caballos á los caballeros que hubiesen concitado su ojeriza.»

Vino á pasar en este punto un mancebo que se andaba por ahí á caza de codornices, al cual suplicó D. Quijote en buenas razones que se le llegase un instante. «Sea vuesa merced servido de sacar de un error á este mi escudero Sancho Panza, le dijo: cree, sostiene y porfía que la giganta que está en esa floresta no es giganta, sino parva, y esos caballeros que están en su poder no son caballeros encantados, sino caballos.» El mancebo echó de ver al punto el pie de que cojeaba ese buen hombre, y

respondió: «¿El buen Sancho tiene la cabeza á las once, ó se burla de propósito? Giganta es ésa como la madre que os parió, amigo Sancho Panza; y caballeros encantados esas bestias como el asno sobre el cual venís. — ¡Sea todo por amor de Dios!, dijo Sancho á su vez: ahora veamos si vuesa merced conoce á esos caballeros, así como el Sr. D. Quijote ha conocido á la gigante. — Si yo no he podido conocer á esos señores, respondió D. Quijote, debe de ser á causa de que no son de los principales; en siendo famosos, yo te los nombrara de uno en uno. Don Polidolfo de Croacia, D. Astorildo de Caledonia, D. Artidel de Mesopotamia, D. Lucidán de Numidia, D. Fénix de Corinto, D. Deliarte del Valle Oscuro, Palmerín de Inglaterra, Palmerín de Oliva, dime cuáles quieres que sean; y si no te los doy con todas sus señas, tenme por mal conocedor de la gente de modo. — Pues no son esos, dijo el mancebo: yo, como vecino, los conozco, y sé decir á vuesa merced que la maga que los tiene encantados no los encantó de envidiosa, sino de buena y justiciera. Mire vuesa merced ese asno bayo, de cara bonachona, que parece estar meditando en su canonización: es un Tartufo llamado Pinipín de la Gerga, hombre que tiene de perverso cuanto quiere mostrar de santo, de aleve cuanto aparenta de leal. Su virtud es la hipocresía: so capa de religión está vendido á Satanás, so color de amistad mil traiciones se agitan en sus negras entrañas. Jura no haber hecho una cosa, y la ha hecho; jura no hacer otra, y la hace mañana. — El peor de los hombres, dijo D. Quijote, es el que siendo malo quiere pasar por bueno, siendo infame habla de virtud y pundonor. *Malum est cadere a proposito; sed pejus est simulare propositum.* ¿Vuesa merced ha sido estudiante? — Lo soy actualmente, señor, y de teología; por donde vengo á recordar que esa sentencia es de nuestro padre San Agustín. — Así debe de ser, dijo D. Quijote: hela hallado en mi memoria como cosa mostrenca ó alhaja sin dueño; mas no por eso es verdad menos profunda y digna de hombre tan sabio como ese gran padre de la Iglesia. ¿En dónde estudia vuesa merced? — En Oñate, señor. — Bien se echa

de ver, tornó á decir D. Quijote, que vuesa merced tiene estudios. Continúe vuesa merced, y déme noticia, si es servido, de los otros encantados. — Todos son de una misma calaña, respondió el estudiante; *ejusdem furfuris*. La que los tiene encantados es una fada bienhechora llamada Felicia Propicia, amiga de los habitantes de esta comarca, por favorecer á los cuales ha recogido á sus enemigos y opresores y los ha puesto á buen recaudo. ¿Distingue vuesa merced ese rucio gordo, maduro, perezoso, de aspecto bonancible? Es un sabio historiador, señor caballero: se sabe la de su país como el Avemaría; pero no dice la verdad sino cuando ella conviene á su negocio; y como la verdad casi nunca les conviene á los bribones, sus obras históricas son una perpetua ocultación ó desfiguración de los hechos y las causas que los han producido, mayormente cuando trata de sucesos casi contemporáneos.»

«El que se dirige á las generaciones siguientes para engañarlas, respondió D. Quijote, es mil veces más culpable que el que procura engañar á los vivos. Las razones que puede tener un hombre ruin para ocultar ó pervertir los hechos, no existen para los siglos futuros. El historiador mentiroso es acreedor á la horca tanto como el monedero falso. La verdad es oro: pasar la mentira en relaciones escritas á los tiempos venideros, es falsificar la moneda sagrada que sirve para el cambio de ideas y la enseñanza de las gentes. ¿Qué es lo que le obliga á ese malandrín á disfrazar los acontecimientos? — El vil interés, señor, unas veces; otras el miedo. Reprendido una ocasión por un anciano de honradez acrisolada, respondió con gran cordura: «¿Y qué quiere vuesa merced? Si digo lo que todos sabemos, me matan esos pícaros.» — ¿Y ése se llama historiador?, preguntó D. Quijote. No se tendrá sin duda por un Suetonio, ni por un austero Tácito. — Él dice que se parece á Tito Livio, respondió el estudiante, en eso de acomodar los acontecimientos de modo que formen un grandioso cuadro poético, aun con cierto perjuicio de la exactitud histórica. — Sin el fundamento de la verdad, repuso D. Quijote, no hay obra maestra: la base de las grandes

cosas es la moral: sin la verdad la moral no existe. Las inexactitudes de Livio no están sino en la forma, en esas oportunas y graciosas coincidencias con que el autor pergeña sus escenas trágicas; en lo tocante á la esencia misma de las cosas, Tito Livio es tan austero como Tácito. Sin este requisito no hubiera pasado á la posteridad. Tan noble, grande y respetable asunto es la historia, que Polibio, siendo hombre de mal vivir y muy desenfadado, no se atrevió á desfigurarla con supercherías, ni á envilecerla con la adulación; y ese sibarita, cuyas malas costumbres eran notorias, fué historiador casto, recto, y manifestó, como sacerdote del porvenir, inclinación violenta á la verdad y á la virtud. El historiador ha de tener muchas dotes y virtudes: sabiduría, rectitud, austeridad; discernimiento, criterio acendrado; osadía filosófica, olvido de sí mismo; valor á prueba de amenazas y peligros; sensatez, audacia, firmeza y disposición moral tan aventajada, que pase á caballo por delante las generaciones y los siglos, causando admiración y respeto. — ¡Cuán bello modo de decir, señor, dijo el estudiante, esto de pasar el historiador á caballo por delante de las generaciones y los siglos! — Quintiliano insinuó ya, respondió D. Quijote, que la historia anda á caballo, aludiendo á la grandeza, elegancia y rapidez que caracteriza su estilo. Ahora quisiera yo saber el nombre del famoso historiador de quien vuesa merced me ha dado noticia, por si me ocurre la oportunidad de darle una lección. — Es el gran Remingo Vulgo, señor caballero, dijo el estudiante; y no vaya vuesa merced á confundirlo con Mingo Revulgo, que éste es un cancionero de marras. — Yo sé quién es Mingo Revulgo, tornó á decir D. Quijote: conténtese vuesa merced con haberme hecho conocer á Remingo Vulgo y no se meta en biografías que no vienen al caso.»



CAPITULO XXII

QUE DA Á CONOCER LA CASA ADONDE FUÉ Á PARAR D. QUIJOTE
DESPUÉS DE LA AVENTURA EN QUE GANÓ EL CUERNO DE ASTOLFO

«Si la mágica Felicia Propicia hace la buena obra de tener secuestrados á esos mandrines, dijo D. Quijote, me guardaré muy bien de pelear con los turcos que defienden su castillo.» Y despidiéndose del joven cazador, picó su caballo y pasó adelante seguido de su escudero. No á mucho andar divisaron una casa entre jardines, arbustos y árboles corpulentos, en medio de un anchuroso valle. Una verde colina se levanta á un lado, y está hirviendo en lucios toros que suben y bajan rebramando lentamente; por otro se dilata una pradera, rompiéndola á lo largo un riachuelo cristalino en mil graciosas vueltas. A sus orillas crece la gayumba y esparce su olor por los contornos. Relincha el potro en la caballeriza, manoteando en las piedras con su herradura estrepitosa. Los perros ladran en el patio: las aves domésticas gritan en el huerto. El dueño de esta finca es un caballero principal llamado D. Prudencio Santiváñez, hombre tan generoso como rico, tan excelente ciudadano como feliz padre de familia. Doña Engracia de Borja, su mujer, es por su parte la bendición de todos; en cuanto su propio bienestar y el que proporciona á los demás, provienen de las virtudes. La felicidad, para ser acendrada, pone por condición la virtud. Esas felicidades de la opulencia y el esplendor no son sino orgullo